



# RETRATOS

DEL REMANENTE  
DEL TIEMPO DEL FIN



STUART TYNER

# **7**RETRATOS

DEL REMANENTE  
DEL TIEMPO DEL FIN

STUART TYNER



## 7 RETRATOS

DEL REMANENTE DEL TIEMPO DEL FIN

Título de la obra original en inglés: *Chosen by Grace*

Copyright © 2009 by Pacific Press® Publishing Association.

All rights reserved. Spanish language edition published with permission of the copyright owner.



IADPA

**Inter-American Division Publishing Association®**

2905 NW 87 Ave. Doral, Florida 33172 EE. UU.

tel. 305 599 0037

mail@iadpa.org - www.iadpa.org

Presidente **Pablo Perla**

Vicepresidente Editorial **Francesc X. Gelabert**

Vicepresidente de Producción **Daniel Medina**

Vicepresidenta de Atención al Cliente **Ana L. Rodríguez**

Vicepresidente de Finanzas **Saúl Ortiz**

Dirección editorial

**J. Vladimir Polanco**

Traducción

**Juan Fernando Sánchez**

Diseño, diagramación y portada

**Kathy Hernández de Polanco**

Copyright © 2016

**Inter-American Division Publishing Association®**

ISBN: 978-1-61161-617-0

Impresión y encuadernación:

**Nomos Impresores**

Impreso en Colombia / *Printed in Colombia*

1ª edición: septiembre 2016

Procedencia de las imágenes: © iStockphotos. © Thinkstockphotos.

*Está prohibida y penada, por las leyes internacionales de protección de la propiedad intelectual, la traducción y la reproducción o transmisión, total o parcial, de esta obra (texto, imágenes, diseño y diagramación); ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, en audio o por cualquier otro medio, sin el permiso previo y por escrito de los editores.*

En esta obra las citas bíblicas han sido tomadas, por defecto, de la versión Reina-Valera, revisión de 1995: **RV95** © Sociedades Bíblicas Unidas. También se ha usado la revisión de 1977: **RV77** © CLIE / La Liga Bíblica, la versión popular Dios Habla Hoy: **DHH** © Sociedades Bíblicas Unidas, la Reina-Valera Contemporánea: **RVC** © Sociedades Bíblicas Unidas, la Biblia de las Américas: **BLA** © The Lockman Foundation, la Nueva Versión Internacional: **NVI** © Sociedad Bíblica Internacional, la Jubilee Bible 2000 (Spanish): **JBS** © Life Sentence Publishing, La Palabra: **BLP** © Sociedad Bíblica de España, Traducción en lenguaje actual: **TLA** © Sociedades Bíblicas Unidas. En todos los casos se ha unificado la ortografía y el uso de los nombres propios de acuerdo con la RV95 para una más fácil identificación.

*En las citas bíblicas, salvo indicación en contra, todos los destacados (cursivas, negritas) siempre son del autor o del editor.*

Las citas de las obras de Elena G. de White se toman de las ediciones actualizadas caracterizadas por sus tapas color marrón, o, en su defecto, de las ediciones tradicionales de la Biblioteca del Hogar Cristiano de tapas color grana.



# DEDICATORIA

**A Erin Noelle:**

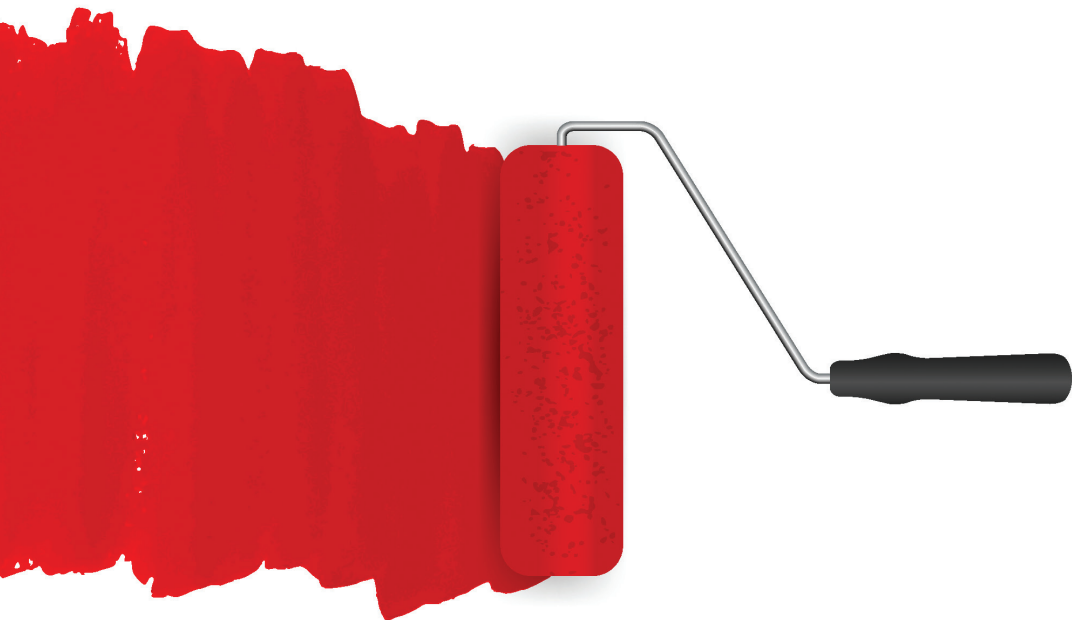
desde las más altas cimas  
hasta los más hondos valles,  
aferrándose a la gracia





# CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS.....	06
PRÓLOGO: EN BUSCA DEL CORDERO MÍSTICO .....	08
<b>PRIMER RETRATO: MATEO 25: 31-40 .....</b>	<b>14</b>
INTRODUCCIÓN AL CAPÍTULO 1: «¡LLEGA HOY AL MEDIODÍA!».....	16
<b>CAPÍTULO 1: SALVADOS POR EL EVANGELIO ETERNO....</b>	<b>20</b>
<b>SEGUNDO RETRATO: ESDRAS 9: 6-15.....</b>	<b>36</b>
INTRODUCCIÓN AL CAPÍTULO 2: FUNDADOS SOBRE REALIDADES BÍBLICAS .....	38
<b>CAPÍTULO 2: ESCOGIDOS POR GRACIA .....</b>	<b>42</b>
<b>TERCER RETRATO: APOCALIPSIS 14: 6-12.....</b>	<b>54</b>
INTRODUCCIÓN AL CAPÍTULO 3: DE REPENTE EL CUADRO COBRÓ VIDA .....	56
<b>CAPÍTULO 3: RECONOCIBLES GRACIAS A LOS MANDAMIENTOS DE DIVINOS.....</b>	<b>60</b>
<b>CUARTO RETRATO: EFESIOS 2: 1-9 .....</b>	<b>72</b>



INTRODUCCIÓN AL CAPÍTULO 4:  
VINO A VIVIR A NUESTRO BARRIO ..... 74  
**CAPÍTULO 4: VIVIFICADOS EN CRISTO ..... 78**

**QUINTO RETRATO: JOEL 2: 1-2, 11-13,  
21-23, 28-32..... 92**

INTRODUCCIÓN AL CAPÍTULO 5:  
EL OBJETO DE LA INCONDICIONAL ACEPTACIÓN DIVINA ....96  
**CAPÍTULO 5: PREOCUPADOS POR LA ÉPOCA  
EN LA QUE VIVEN ..... 100**

**SEXTO RETRATO: DANIEL 7: 9-14..... 118**

INTRODUCCIÓN AL CAPÍTULO 6:  
LA ATERRADORA NATURALEZA DEL SACRIFICIO ..... 120  
**CAPÍTULO 6: PUESTOS A PRUEBA  
POR CAUSA DEL SÁBADO..... 124**

**SÉPTIMO RETRATO: MATEO 25: 1-13 ..... 140**


INTRODUCCIÓN AL CAPÍTULO 7:  
NO PARECEN HABERSE DADO CUENTA ..... 142  
**CAPÍTULO 7: LISTOS PARA RECIBIR AL NOVIO..... 146**



# AGRADECIMIENTOS

Ahora que 7 *RETRATOS DEL REMANENTE DEL TIEMPO DEL FIN* sale a la luz, son numerosas las personas a quienes me siento agradecido por sus ánimos, por sus atinadas reflexiones y por las valiosas conversaciones que mantuve con ellas. En primer lugar, como siempre, le doy las gracias a Karen, quien no solo soportó mis traspasadas y madrugones de estudio y escritura del libro, sino que, a lo largo de todo el proceso, también ha mostrado ser un recurso espiritual de lo más valioso. Los pasajes de esta obra procedentes de la Biblia *The Message* fueron aportados casi en su totalidad por Karen, quien conoce muy bien esa versión bíblica y capta perfectamente las ventajas de las expresiones frescas y contemporáneas de la Palabra intemporal de Dios. ¡Ojalá sigamos juntos otros cuarenta y dos años!

Y de nuevo, como con *Searching for the God of Grace*, mi más efusiva gratitud a los queridos amigos que se reúnen con nosotros para estudiar en grupo en nuestra casa semana tras semana. Gracias, Karen, Josh Anguiano, Lorelei y Peter Cress, Ryan y Shari-lyn Horner, Jeff y Stefani McFarland, Patri Johnson, Jennifer Renaud, J'Leen Saeger, Debbie y Tom Saknit, Jenni Subriar, y Corey Swenson. Una vez más han estado ustedes dispuestos a leer un manuscrito línea por línea, capítulo por capítulo (cuidando hasta el menor detalle), con el mejor de los espíritus, corrigiendo para que la presentación resultase más clara y coherente, discutiendo el contenido bíblico e histórico, y ayudándome a efectuar las aplicaciones relevantes. El continuo crecimiento de ustedes en la gracia ha



sido inspirador para mí. Su determinación a encontrar a Jesús en cada asunto espiritual, incluidos los más difíciles –como el fin de los tiempos y el remanente–, me han resultado motivadores. Sigamos estudiando juntos.

Gracias también a nuestra querida familia y colegas de Nueva Zelanda, en la Iglesia Adventista de Papatoetoe (Auckland): Brigitte y Warwick Bagg, Keira Bullock, Virginia Christensen, Leanne y Stephen Davies, Hayley Duncan y Ronnie Davidson, Jacinda y Rick Harman, Liz y Norm Hurlow, Robert y Christina Levi, Keryn y Ryan McCutcheon, Christine Miles, Karyn y Richard Newson, y Emma Weslake. Discutimos juntos acerca de estos temas en torno a una mesa en la iglesia de ustedes; o mientras viajábamos por Egipto, Jordania e Israel; y también aquí en el sur de California. Nuestra exploración de los escenarios de las historias bíblicas nos permitió a todos apreciar más plenamente los grandes temas de la Escritura e identificarnos de manera más íntima con los personajes bíblicos. Me encanta el trabajo que están haciendo ustedes en su iglesia de Papatoetoe. No dejen de seguir el modelo de liderazgo de Jesús y continúen centrados en su gracia.

Mi gratitud asimismo hacia Wayne French, el tenaz y creativo capellán del Avondale College de Australia, y no solo por tu amor a la gracia, también por apartar una semana del año que viene para poder dirigir juntos una discusión acerca de los temas de este libro con tus alumnos en otro Festival de la Fe. Eres una fuente de inspiración para mí.

Y gracias a mi creciente grupo de amigos de la Pacific Press en Idaho, por su cálida acogida durante aquella semana de Énfasis Espiritual, por la entusiasta aceptación del enfoque relativo a los tiempos del fin basado en la gracia, y por las maneras creativas en que difunden ustedes las buenas nuevas. Gracias en especial al excelente editor y alma gemela David Jarnes; ya he vivido dos magníficas experiencias colaborando con David en la edición de un manuscrito, y nadie aprecia su trabajo más que yo.

Ojalá la vivencia de ustedes en todos los casos siga centrada en crecer «en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén» (2 Ped. 3: 18).



**JAN VAN EYCK,**  
**RETABLO DE GANTE**  
*(ADORACIÓN DEL CORDERO MÍSTICO)*

# EN BUSCA DEL CORDERO MÍSTICO

**¿E**s posible ser externamente religioso y activamente ortodoxo y no obstante carecer de lo esencial para una gratificante vida de fe? ¿Pueden dos personas buscar la misma meta espiritual y llegar a destinos diametralmente opuestos? ¿Podemos los cristianos incluso saltarnos por entero lo que es absolutamente central en el cristianismo?

En la sombría primavera europea de 1940, el atemorizado alcalde de la ciudad de Gante, en Bélgica, pidió un favor al gobierno francés. La petición tenía que ver con una excepcional obra de arte colgada en la Catedral de San Bavón de dicha ciudad. Completada en 1432 por el extraordinario artista flamenco Jan van Eyck, la pintura, realizada sobre veinticuatro paneles de madera de roble, ha sido considerada la obra más bella jamás creada en toda la civilización occidental. Oficialmente, tan celebrado tesoro artístico es conocido como «el Retablo (o Políptico) de Gante», pero la mayoría de la gente lo llama la *Adoración del Cordero místico*, basándose en el espléndido panel central, de carácter simbólico, que representa la adoración de Jesús, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

El alcalde preguntó si podría confiar este retablo profundamente espiritual a los franceses para que lo guardaran de manera segura. Los franceses

aceptaron la misión, recibieron secretamente el retablo, y el 16 de mayo de 1940 lo trasladaron de París a un castillo cuya identidad no fue revelada pero que se hallaba en Pau, en el sur de Francia, donde permaneció oculto hasta finales del verano de 1942. Entonces, súbitamente, un peligroso giro de los acontecimientos puso a la *Adoración del Cordero místico* en una delicada situación.

En aquellos oscuros días de finales de la década de los treinta y principios de los cuarenta, dos grupos de personas habían emergido en Europa. Ambos perseguían objetivos similares, pero desde perspectivas que eran polos opuestos y contradictorios. Los integrantes de ambos grupos amaban el arte y sus preferencias se inclinaban por la tradición occidental: los vasos griegos y las esculturas romanas; el complejo arte religioso de los tiempos medievales; las magníficas realizaciones del Renacimiento, obra de gigantes como Leonardo da Vinci, Miguel Ángel y Rafael; el magistral arte europeo del siglo XVII, en especial el arte del norte de Europa (Rubens, Rembrandt y Vermeer); las elegantes obras neoclásicas del siglo XVIII; y las magníficas interpretaciones de los impresionistas de finales del XIX. Ambos grupos coleccionaban el arte que amaban, a veces reuniendo privadamente una o dos piezas, y otras veces acumulando masivamente tesoros para surtir a los imponentes museos estatales.

El primer grupo admiraba el arte por tres razones principales: apreciaban la belleza que el arte aportaba a sus vidas; celebraban el talento que con tanta maestría reproducía escenas de encanto local y escenarios de significación bíblica, histórica y mítica; y reconocían el valor inapreciable de las obras creadas por los grandes pintores.

El segundo grupo compartía estos tres atributos pero añadía uno más expeditivo a su búsqueda del arte. Además de su exaltada consideración de la belleza, de la maestría y del valor, también creían que los placeres del arte se les *debían*. Edward Dolnick escribe acerca de coleccionistas de arte que imaginaban que una obra artística de calidad «anunciaba los méritos de su dueño». Estos coleccionistas estaban convencidos de que *merecían* ser recompensados con un arte bello porque eran gente superior, de mayor calidad y categoría que sus vecinos inferiores, una raza maestra que podía tomar lo que quisiera donde lo encontrara y hacerlo suyo.

El primer grupo se componía de personas que simplemente amaban el arte. Los del segundo grupo eran los que conocemos como los nazis. Se trataba de ávidos ladrones de las posesiones de otros pueblos, saqueadores de colecciones de arte personales y estatales. Cometieron crímenes indecibles en pos de su objetivo. Ningún comportamiento cruel o inhumano quedaba al margen de su depravación. Ningún soborno era demasiado costoso para sus hinchados cofres estatales. Ningún «tesoro nacional» localmente venerado escapaba a sus codiciosas garras. Ningún individuo era tan importante o poderoso como para ser capaz de detenerlos. Los nazis exterminaron a millones de personas, y de paso se apoderaron de todo el precioso arte que sus manos pudieron conseguir.

Bajo la presión de los alemanes, el primer ministro de Vichy, Pierre Laval, emitió un orden el 3 de agosto de 1942 permitiendo la retirada del Retablo de Gante de su escondite de Pau. Vehículos pertenecientes a una empresa de transportes de Múnich, la *Speidition Wetsch*, viajó hacia el recinto del castillo y, una vez confiscada la obra, se la llevaron. La policía de Vichy escoltó la caravana en su camino hacia Alemania a través de Burdeos, Tours, Dijon y Belfort.

La primera parada en Alemania fue Neuschwanstein, el legendario y teatral castillo del rey «loco» Luis II, enclavado en el suroeste de Baviera, y que llegaría a inspirar el Castillo de la Bella Durmiente de Disneylandia. El retablo fue guardado en el castillo junto con más de veintiún mil obras de arte saqueadas casi todas ellas a judíos franceses. El material robado generalmente llegaba a Alemania en uno de los trenes privados de Hermann Goering. En una de tales remesas del 3 de febrero de 1941, la carga incluía cuarenta y dos cajas llenas de tesoros artísticos de los Rothschild. Esta familia banquera enormemente rica había amasado una de las colecciones privadas más prestigiosas de todos los tiempos. Entre las 5,009 obras de arte robadas por Goering y transportadas a Alemania había pinturas de Leonardo da Vinci, Rafael, Rubens, Tiziano, Goya e Ingres, y en la caja H13, marcada con una esvástica y destinada al propio Adolf Hitler, se encontraba *El astrónomo*, de Vermeer.

En el verano de 1944, con el deterioro de la situación bélica en todos los frentes para los alemanes, la *Adoración del Cordero místico* fue trasladada a las frías cavernas de una profunda mina de sal abandonada en las proximidades de Altaussee (Austria). Allí preservaron los nazis las obras destinadas a Linz, la ciudad natal de Hitler, y ubicadas en el *Führermuseum*, que Hitler soñaba que sería el mayor museo de arte del mundo entero. Los nazis ocultaron en la mina 6,577 pinturas, 2,300 dibujos y acuarelas, 954 grabados, 137 esculturas y centenares de cajas con otros objetos artísticos.

Sin embargo, hacia la primavera de 1945 se habían extinguido las últimas esperanzas de una victoria de Alemania, y sus derrotados ejércitos se batían en retirada. Una noche de principios de mayo, un hosco funcionario nazi responsable de los tesoros de la mina de sal anunció que había colocado cartuchos de dinamita por toda la colección, con el fin de «hacerla volar en pedazos» al día siguiente, antes que permitir que cayera de nuevo en manos de la «judería mundial». Otros funcionarios, consternados por la idea de la destrucción de todo ese arte de valor incalculable, sintieron que debían frustrar ese «loco plan». En la mañana del 8 de mayo, arrestaron al funcionario y poco después informaron a los Aliados de la presencia de las obras de arte.

Ingenieros estadounidenses desactivaron los explosivos. Descendiendo media milla por un largo túnel, atravesando puertas de hierro macizo que habían sido cerradas con candado, los norteamericanos encontraron los paneles del Retablo de Gante colocados en lo alto de cuatro cajas de cartón vacías.

Amantes del arte, y nazis. En apariencia, dos grupos movidos por un interés similar. Ambos apreciaban el arte. Ambos lo coleccionaban. Ambos se embarcaron en una decidida búsqueda del Cordero místico. Pero bajo las semejanzas externas se hallaban arraigadas diferencias de enorme importancia y trascendencia.

## LA HISTORIA BÍBLICA DE LOS GRUPOS OPUESTOS

La Biblia insiste en que al final de los tiempos en el planeta Tierra habrá solo dos grupos de personas. El primer grupo acepta el don de Cristo de la salvación eterna, eligiendo pasar la eternidad con él. El segundo grupo, al rechazar la salvación, escoge perecer en el lago de fuego. La misma Biblia que nos promete que «una gran multitud [...] de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas» integrará el grupo de los salvados (Apoc. 7: 9) revela también que otro grupo, tan numeroso como «la arena del mar» (20: 8), rechazará el don de salvación.

Existe un palmario contraste bíblico entre los dos grupos: vírgenes prudentes e insensatas (Mat. 25: 2); ovejas y cabritos (25: 31-33); justos e impíos (13: 47-50); hijos de luz e hijos de tinieblas (Efe. 5: 8); los que vencieron al «gran dragón» (Apoc. 12: 9-11) y los que adoran a la bestia (14: 9-10); «los que siguen al Cordero por dondequiera que va» (14: 4) y los que «pelearán contra el Cordero» (17: 14); aquellos cuyos nombres «están inscritos en el libro de la vida del Cordero» (21: 27) y aquellos cuyos nombres son borrados (3: 5).

Las Escrituras han nombrado cuidadosamente a estos dos grupos y los ha clasificado en términos simbólicos. ¿Revelará también entonces la Biblia las características que distinguen a un grupo del otro? ¿Hay pasajes a lo largo de la Palabra de Dios relativos al fin de la historia humana que nos ayuden a descubrir qué cualidades tienen en común los integrantes del grupo al que deseamos pertenecer, los cuales deciden situarse junto al Cordero en el monte de Sión (14: 1)?

En los próximos siete capítulos hallaremos que la respuesta es claramente afirmativa. *Podemos* saber quiénes son realmente los seguidores del Cordero. En este estudio nos referiremos a ellos como el «pueblo del tiempo del fin» y el «remanente final». Contrastaremos las características de este grupo con las del otro cuyo abrasador futuro es, en el momento presente, aún evitable. «Ahora, pues, dice Jehová, convertíos ahora a mí con todo vuestro corazón» (Joel 2: 12).

El Cordero místico aún está llamando a su pueblo para que salga del vasto segundo grupo y se una en adoración a él ahora y por toda la eternidad (Apoc. 18: 4).<sup>1</sup>

1. Usted puede leer más sobre el robo de arte europeo por los nazis y su recuperación en estos excelentes libros: Edward Dolnick, *The Forger's Spell: A True Story of Vermeer, Nazis, and the Greatest Art Hoax of the Twentieth Century* (Nueva York:

HarperCollins, 2008); Robert Edsel, *Rescuing Da Vinci: Hitler and the Nazis Stole Europe's Great Art—America and Her Allies Recovered It* (Dallas: Laurel Publishing, LLC, 2006); Héctor Feliciano, *The Lost Museum: The Nazi Conspiracy to Steal the World's Greatest Works of Art* (Nueva York: HarperCollins, 1997); Lynn Nicholas, *The Rape of Europa: The Fate of Europe's Treasures in the Third Reich and the Second World War* (Nueva York: Random House, 1994); Jonathan Petropoulos, *The Faustian Bargain: The Art World in Nazi Germany* (Oxford: Oxford University Press, 2000).

---

«El arte puede enseñar (y buena parte del mejor arte se lo propone deliberadamente) sin dejar de ser arte en absoluto».

C. S. Lewis, *Cartas de C. S. Lewis*

«Los seres humanos somos, no metafóricamente sino de verdad, obras de arte divinas que Dios hace y con lo que, por consiguiente, Dios no quedará satisfecho hasta que posea determinadas características [...].

Ningún artista se tomaría seguramente demasiadas molestias en hacer un boceto en ratos de ocio para distraer a un niño. No tendría, tal vez, el menor inconveniente en dejarlo a medio hacer, aun cuando no reflejara exactamente su idea. En cambio, se tomaría infinitas molestias si se tratara de la gran obra de su vida, de una pintura a la que amara tan intensamente, aunque de manera distinta, como un hombre a una mujer o una madre a su hijo».

C. S. Lewis, *El problema del dolor*

---



**DIEGO VELÁZQUEZ,**  
**LAS MENINAS (DAMAS DE HONOR)**



# PRIMER RETRATO

MATEO 25: 31-40

«**C**uando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; entonces apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda.

»Entonces el Rey dirá a los de su derecha: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me recogisteis; estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y fuisteis a verme".

»Entonces los justos le responderán diciendo: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero y te recogimos, o desnudo y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?".

»Respondiendo el Rey, les dirá: "De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis"».

## INTRODUCCIÓN AL CAPÍTULO 1

# «¡LLEGA HOY AL MEDIODÍA!»

¿Cuáles son los requisitos de admisión  
a ese lugar en el que usted anhela tanto estar?

¿Cuánto cuesta la entrada?

¿Quién facilita el acceso?

¿Quién abre las puertas?

---

Las puertas del Museo del Prado se abren diariamente a las diez de la mañana. Un miércoles por la mañana, media hora antes de que se abrieran, me encontraba ya esperando en la entrada principal, en el lado norte del edificio neoclásico del centro de Madrid.

Durante años había sido un sueño para mí visitar ese lugar, que tiene la reputación de ser uno de los más espléndidos museos de arte. En su interior, además de las maravillosas obras de reconocidos maestros del arte occidental, se encuentra la mayor colección de arte español del mundo: el Greco, Ribalta, Ribera, Zurbarán, Velázquez, Murillo, Goya... Todos ellos están representados allí. En particular, hay un cuadro que conozco desde la escuela primaria: *Las Meninas* (Damas de honor), la obra maestra realizada en 1656 por Diego Velázquez.

«Esta es la mejor obra del Prado», alardea la guía del museo, «y de la pintura española en su conjunto, una de las más magníficas realizaciones artísticas jamás creadas, y la pieza artística individual más valiosa del museo».<sup>1</sup>

Allá por el tercer curso de mis estudios primarios, en ocasión de un concurso de arte en el que mi profesor insitió que participara, yo había memorizado el nombre de este cuadro, el autor y su país, y la fecha de su creación. Después nunca olvidé *Las Meninas*. En el momento en que llegué a Madrid, sabía exactamente dónde estaba colgado el cuadro: en la sala número 12, al otro extremo del pasillo que arranca desde la entrada principal del museo. Me sentía impaciente por entrar.

El plano del museo dirigía a los visitantes por un camino a la izquierda de la sala número 12, a través de la extensión trasera del enorme edificio que se ramificaba

para visitar una serie de galerías menores, y los guiaba luego hacia arriba por una escalera ubicada en el extremo que conducía a la siguiente planta. Cuando entré en el museo, seguí ese camino a través de aquellas salas y de la vasta e imponente colección de Goya; luego bajé de nuevo al pasillo frontal, para acabar finalmente ante la sala de Velázquez.

Llegué a la sala número 12 aproximadamente a las 11:45, casi tres horas después de entrar en el museo. *¡Lo mejor está por llegar!*, me dije. «Mi cuadro» se encontraba detrás de aquellas puertas cerradas, las cuales súbitamente descubrí que tenían una gruesa cinta roja extendida ante ellas, impidiendo la entrada. Un letrero, escrito en varios idiomas, colgaba de la cinta: «Cerrado por remodelación».

Miré con desesperación a través de la pequeña rendija vertical existente entre las puertas cerradas. Las golpeé tímidamente al principio y luego con mayor convicción. Me pasó por la cabeza tratar de forzar la entrada o al menos sobornar a uno de los guardas. Pero aun cuando pensé en ello, sabía que mis intentos fracasarían. Así pues, creyendo que nunca más estaría tan cerca de aquella gran obra que tanto deseaba ver, inicié el amargo proceso de tratar de resignarme a la idea de que jamás me hallaría frente a ella.

Avanzando por el corredor, y desviándome ligeramente a la derecha, me topé con una pequeña tienda de regalos y me encaminé hacia la pared, donde aparecía la colección del museo reducida a tarjetas postales. Allí estaba *Las Meninas*, el cuadro que, por encima de todos los demás, yo quería ver. Llevé la tarjeta al mostrador, la alcé en mis manos y, esperando que la cajera entendiera un poco de inglés, me dirigí a ella lentamente y en voz alta, como a menudo hacen los visitantes estadounidenses en otros países. «Supongo que no habrá ningún modo de poder entrar para ver esta obra», dije, tratando de sonar tan lastimero como me fuera posible.

«Lo siento muchísimo», me replicó en perfecto inglés de Oxford. «La sala Velázquez lleva varios meses cerrada».

Entonces, súbitamente, lanzó un pequeño grito: «¡Ah, pero si hoy es el día...! Está previsto que el presidente del gobierno español venga al Prado a reabrir la sala». En ese momento hizo una pausa para mirar su reloj, para luego continuar: «¡Y va a llegar al mediodía», exclamó, casi sin aliento, «en solo unos cinco minutos!».

Casi antes de que esas palabras salieran de sus labios, el pasillo empezó a bullir. Los guardas abrieron las grandes puertas frontales de gala del museo. Las personas que estaban al tanto de la inminente llegada del presidente se precipitaron a empujones hacia el lugar. Los encargados de la seguridad se ubicaron para garantizarla. Y, por encima de todo, los curiosos, preguntándose el motivo de todo ese alboroto, trataban con anhelo de procurarse una vista libre de obstáculos.

¡Era cierto! Exactamente a las doce de la mañana, tres grandes limusinas negras se detuvieron delante del museo. Una banda de música empezó a tocar el equivalente español al «Hail to the Chief».\* Y luego, ahí estaba él, sonriendo, agitando la mano y saludando a las personas a las que reconocía. Hubo muchos aplausos, decenas de fotos con *flash*, se produjo la repentina aparición de unas grandes tijeras, y la gran cinta roja quedó cortada en dos. Las puertas de la sala se abrieron, los dignatarios entraron detrás del presidente en la sala número 12... ¡y las puertas se cerraron tras ellos!

Contuve la respiración. Podía oír las voces apagadas de una conversación, aplausos corteses, y *ohs* y *ahs* dispersos. Entonces, igual de rápidamente que las puertas se habían cerrado a espaldas del presidente, se abrieron de nuevo. Él salió, cruzó el pasillo, y descendió por la larga escalera hacia la limusina que le aguardaba. Parecía que todos en el museo seguían al presidente por el vestíbulo y salían por la puerta principal para observar cómo entraba en su auto y se marchaba.

Todos... ¡excepto yo!

La sala número 12 estaba abierta. No había nadie dentro. Y *Las Meninas* colgaban allí en la pared del fondo. Entré, crucé la sala y, durante unos preciosos minutos, permanecí de pie a solas frente al magnífico cuadro, gozándome de estar al fin donde tanto había anhelado estar.

Más tarde, aquella misma noche, de vuelta a mi habitación del hotel, me di cuenta de lo que había pasado. Yo había experimentado un momento de gracia. Lo que no podía conseguir por mí mismo, el presidente del gobierno español lo había hecho por mí. Yo no podía entrar en la sala número 12. Solo el presidente podía abrir las puertas y permitirme la entrada.

---

\* Himno presidencial estadounidense. [N. del T.]

# CAPÍTULO 1

# SALVADOS POR EL EVANGELIO ETERNO

*¿Qué va a hacer usted en los próximos diez millones de años?  
¿Cómo se imagina ese lugar que «ningún ojo ha visto,  
ningún oído ha escuchado, ninguna mente humana ha concebido»  
(1 Cor. 2: 9 NVI)? ¿Cómo llegará usted allí?*

---

POR MUCHO que nos guste nuestro hogar en el sur de California, existe un contraste considerable entre el entorno en el que Karen y yo llevamos viviendo los últimos veinte años y aquel en el que pasaremos toda la eternidad. A veces el tráfico en las autopistas está tan congestionado que el viaje normal de una hora a Los Ángeles lleva casi tres horas; en nuestro hogar eterno, los redimidos volarán: «Levantarán alas como las águilas» (Isa. 40: 31). Aquí hay de manera recurrente baches en la avenida Sierra Vista; en la Ciudad Santa, las calles estarán pavimentadas de oro (Apoc. 21: 21). Aquí luchamos por mantener el jardín libre de malas hierbas; en la tierra nueva:

«En lugar de la zarza crecerá ciprés,  
y en lugar de la ortiga crecerá arrayán;  
y será a Jehová por nombre,  
por señal eterna que nunca será borrada» (Isa. 55: 13).

Hay otras cosas, más importantes, que no echaré de menos en el cielo. He pasado demasiadas horas en hospitales visitando a amigos queridos que enfrentaban desesperadamente dolencias que amenazaban sus vidas. He saltado a la parte trasera de una ambulancia para sostener la mano de un amigo que acababa de ser sacado de los restos de un accidente en el que había muerto su hija. He conocido a personas que han muerto en batallas militares, atentados terroristas e insurrecciones genocidas. He predicado demasiados sermones en demasiados funerales. He prestado orientación pastoral a demasiadas parejas ante la amarga desintegración de sus otrora queridos matrimonios.

Un día todo eso cambiará.

«Y los redimidos por Jehová  
volverán a Sión con alegría;  
y habrá gozo perpetuo sobre sus cabezas.  
Tendrán gozo y alegría,  
y huirán la tristeza y el gemido» (Isa. 35: 10).

¡Ahí es donde voy a estar en los próximos diez millones de años!

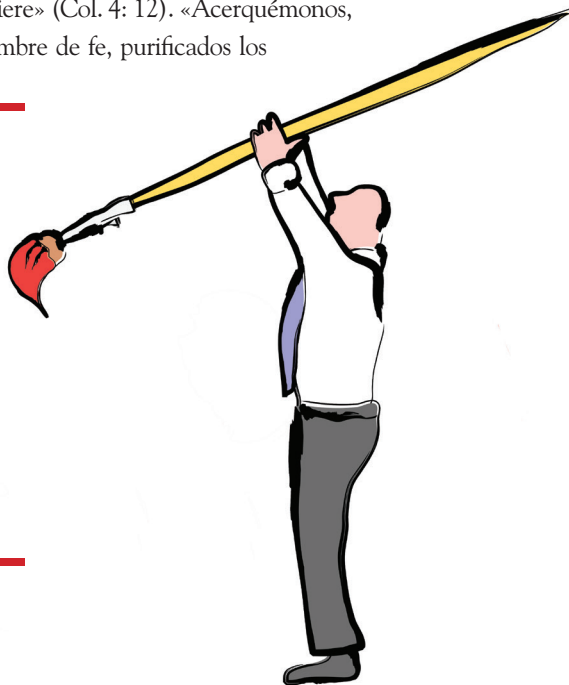
La Biblia nos proporciona seguridad acerca de nuestro hogar eterno y nos pide que tengamos confianza. Somos escogidos por gracia, redimidos, incluidos, marcados para Dios con un sello, «el Espíritu Santo de la promesa, que es la *garantía* de nuestra herencia» (Efe. 1: 1-14 NVI). En Jesús «tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia» (1: 7). «Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo. *El que tiene al Hijo tiene la vida*» (1 Juan 5: 11-12). Hemos de estar «firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere» (Col. 4: 12). «Acerquémonos, pues, con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los

---

«Ciertamente consolará Jehová a Sión;  
consolará todas sus ruinas.  
Cambiará su desierto en un edén  
y su tierra estéril en huerto de Jehová;  
se hallará en ella alegría y gozo,  
alabanzas y cánticos» (Isa. 51: 3).

«Porque he aquí que yo  
crearé nuevos cielos y nueva tierra.  
De lo pasado no habrá memoria  
ni vendrá al pensamiento» (Isa. 65: 17).

---



corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió» (Heb. 10: 22-23).

---

«¡Ahí viene tu Salvador!  
Trae su premio consigo;  
su recompensa lo acompaña.» »  
Serán llamados «Pueblo santo»,  
«Redimidos del Señor»;  
y tú serás llamada «Ciudad anhelada»,  
«Ciudad nunca abandonada»  
(Isa. 62: 11-12 NVI).

«Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos;  
y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto  
ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas  
ya pasaron» (Apoc. 21: 4).

La seguridad de salvación que ofrece la Biblia, sin embargo, puede resultar inquietante para personas crecidas en iglesias en las que se ha hablado menos del papel de Dios en nuestra salvación y más de nuestra parte en esa experiencia. En todos los lugares donde predico, se me acercan personas para expresarme sus reservas al respecto. Muchos de estos cautelosos hermanos temen que la gracia sea solo un engaño caprichoso que nada más conduce a un menosprecio de la ley perfecta de Dios y a una laxitud en nues-

tro peregrinar cristiano. Esta inquietud también asaltó a Judas, el hermano de Santiago, preocupado con los «hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios y niegan a Dios, el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo» (Jud. 1: 4).

¿Hay, de hecho, algo intrínsecamente peligroso en la seguridad bíblica de la salvación? ¿Nos predispone la promesa de vida eterna a aferrarnos tenazmente a una contraproducente actitud de «una vez salvos, siempre salvos, hagamos lo que hagamos»? Para abordar este temor, examinemos las cinco afirmaciones fundamentales de la Biblia sobre cómo opera la salvación: hay un final; hay un juicio; hay una norma en el juicio; esa norma nos condena a todos; y Dios ha establecido una manera de salvarnos.

## HAY UN FINAL

En primer lugar, la Escritura insiste en que este mundo presente terminará.

«La opresión llegará a su fin,  
y el que ahora ultraja desaparecerá de la tierra.  
El trono se afirmará en la misericordia» (Isa. 16: 4-5 RVC).



«Regresaré» (Zac. 8: 3 NVI).

«Este mismo Jesús [...] vendrá otra vez»  
(Hech. 1: 11 NVI).

«Se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles y nosotros seremos transformados» (1 Cor. 15: 52).

«El Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo. Entonces, los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras» (1 Tes. 4: 16-18).

«Ciertamente vengo en breve» (Apoc. 22: 20).

«En los días de estos reyes, el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre» (Dan. 2: 44). «Y será predicado este evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin» (Mat. 24: 14).

No importa cómo nos refiramos a ese día —la Segunda Venida, el fin de los tiempos, el Día del Señor, la postura de la Biblia es clara: ¡Habrá un final! «Vendrá nuestro Dios y no callará» (Sal. 50: 3). «Vendré otra vez» (Juan 14: 1-3).

En ese día largamente anticipado, anunciado por toques

de trompeta, truenos y relámpagos, oiremos dos voces distintas que expresarán las reacciones de la gente al retorno de Jesús. Una voz da la bienvenida al fin de la historia del mundo, se alegra del retorno del Salvador y proclama con confianza:

«¡Este es nuestro Dios!  
Le hemos esperado, y nos salvará.  
¡Este es Jehová, a quien hemos esperado!  
Nos gozaremos y nos alegraremos  
en su salvación» (Isa. 25: 9).

«¡Aleluya!,  
porque el Señor, nuestro Dios Todopoderoso, reina.  
Gocémonos, alegrémonos y démosle gloria,  
porque han llegado las bodas del Cordero»  
(Apoc. 19: 6-7).

La segunda voz, igual de poderosa y clara, es un clamor aterrorizado que el profeta Sofonías nos llama a escuchar:

«¡Amargo será el clamor del día de Jehová;  
hasta el valiente allí gritará.  
Día de ira aquel día, día de angustia  
y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento,  
día de tiniebla y de oscuridad,  
día de nublado y de entenebrecimiento» (Sof. 1: 14-15).

«¡Aullad, porque cerca está el día de Jehová!», advierte Isaías (Isa. 13: 4-6). Ezequiel pinta ese día como un día funesto (ver Eze. 30: 3). Joel lo llama «muy terrible» (Joel 2: 11). Amós lo describe como un día de oscuridad «que no tiene resplandor» (Amós 5: 20). Jesús dice que las personas «se angustiarán» (Mat. 24: 30, NVI). Juan oye que la gente les dice a las rocas y a las montañas: «Caed sobre nosotros y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero» (Apoc. 6: 16).

Dos voces: una está llena de confianza, esperanza, gozo y alegría. La otra es temerosa, un sombrío lamento, un clamor amargo, angustiado y lúgubre.

¿Qué marca la diferencia?

He aquí la respuesta: el grupo que se muestra esperanzado efectuó su clamor *antes*. «Entonces clamaron a Jehová en su angustia y los libró de sus aflicciones» (Sal. 107: 6). «Anduvieron perdidos por el desierto» (107: 4), «hambrientos y sedientos» (107: 5). Moraron «en tinieblas y en sombra de muerte, aprisionados en aflicción y en hierros» (107: 10). Fueron «rebeldes a las palabras de Jehová, y aborrecieron el consejo del Altísimo» (107: 11, 17). Sus ánimos se debilitaron (ver 107: 26). «Como ebrios tropezaban, se tambaleaban; de nada les valía toda su pericia» (107: 27, NVI). Fueron «humillados» (107: 39, NVI).

Y en esos tiempos previos de humillación y problemas, mientras enfrentaban sus obligaciones, mientras lidiaban con la tentación a confiar en sí mismos y no en Dios, mientras combatían la desesperación, descubrieron el poder salvador de Dios. *Él* rompe sus cadenas (107: 14). *Él* los sana y rescata (107: 20). *Él* calma la tempestad (107: 29-30). *Él* vuelve «la tierra seca en manantiales» (107: 35).

Ahora, los confiados «lo verán y se alegrarán» (107: 42, NVI) y expresarán su gratitud a Dios «por su gran amor» (107: 8, 15, 21, 31, NVI).

«Alabad a Jehová, porque él es bueno,  
porque para siempre es su misericordia.  
Díganlo los redimidos de Jehová» (107: 1-2).

«Quien sea sabio, que considere estas cosas  
y entienda bien el gran amor del Señor»  
(107: 43, NVI).

Así pues, en primer lugar la Biblia nos asegura que hay un fin.

## HAY UN JUICIO

En segundo lugar, la Escritura deja claro que hay un juicio.

«Jehová está en pleito contra las naciones; él es el Juez de todo mortal» (Jer. 25: 31). «Ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia», predicó Pablo en Atenas (Hechos 17: 31). «Todos compareceremos ante el tribunal de Cristo» (Rom. 14: 10).

Muchos de nosotros crecimos con pavor ante el Día del Juicio, esperando que no sucediera en ningún momento cercano, y creyendo que si no pensábamos demasiado en él, quizá su perspectiva simplemente se desvanecería. Alguien dibujó para nosotros las líneas de conexión, o nosotros mismos conectamos intuitivamente el juicio público del tiempo del fin con una larga lista de transgresiones privadas y personales, y arraigó en nosotros la convicción de que un día todo el mundo sabría exactamente cuán rebeldes, de hecho, habíamos sido. «El Juez se sentó y los libros fueron abiertos»

---

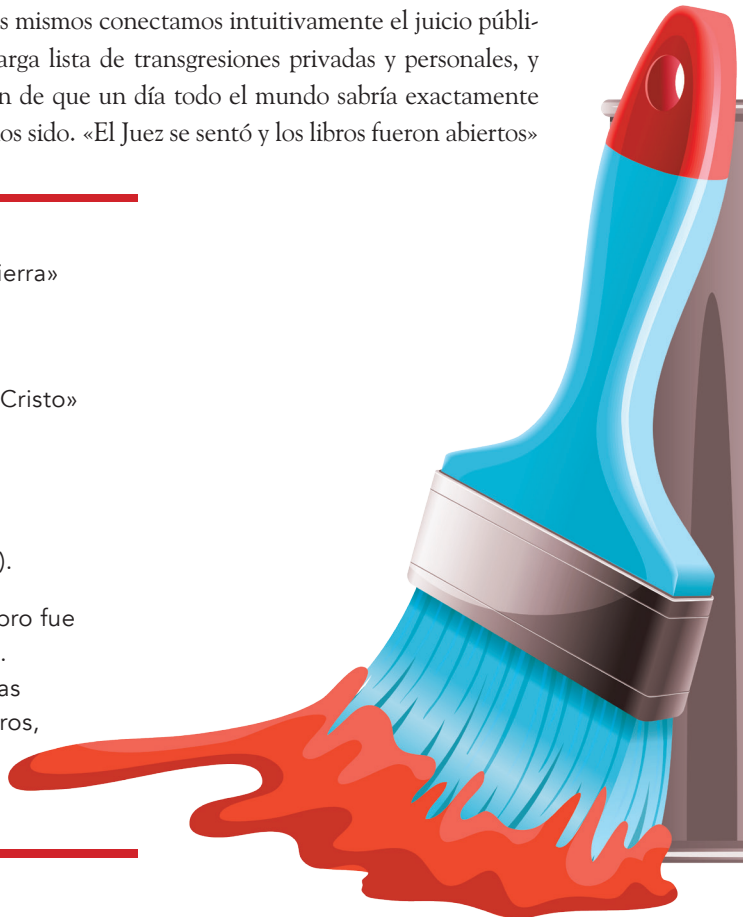
«Jehová juzgará los confines de la tierra»  
(1 Sam. 2: 10).

«Es necesario que todos nosotros  
comparezcamos ante el tribunal de Cristo»  
(2 Cor. 5: 10).

«Dios traerá toda obra a juicio,  
juntamente con toda cosa oculta,  
sea buena o sea mala» (Ecle. 12: 14).

«Los libros fueron abiertos, y otro libro fue  
abierto, el cual es el libro de la vida.  
Y fueron juzgados los muertos por las  
cosas que estaban escritas en los libros,  
según sus obras»  
(Apoc. 20: 12).

---



(Dan. 7: 10). «Pero yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio» (Mat. 12: 36). «Dios juzgará [...] los secretos de los hombres», añadió Pablo en tono amenazador (Rom. 2: 16).

Sin embargo, la Biblia ofrece una sorprendente descripción de este juicio final, exactamente cuando presenta el cuadro del fin de los tiempos. Mientras que el juicio es temido por los impíos, por los malhechores, por quienes tienen miedo de mirar a la cara al Juez justo, no inspira temor a todos aquellos que esperan en Dios. Para las personas cuya confianza reside en el Señor y cuya vida está en sus manos, el juicio no entraña pavor, ni temor, ni inquietud. «Los que confían en Jehová son como el monte Sión, que no se mueve, sino que permanece para siempre» (Sal. 125: 1).

Se nos anima a *esperar con impaciencia* el tiempo del juicio, a confiar en las decisiones justas de un Dios omnisciente cuyo amor, bondad, fidelidad y justicia duran para siempre (1 Crón. 16: 34; Sal. 100: 5; 112: 3; 117: 2).

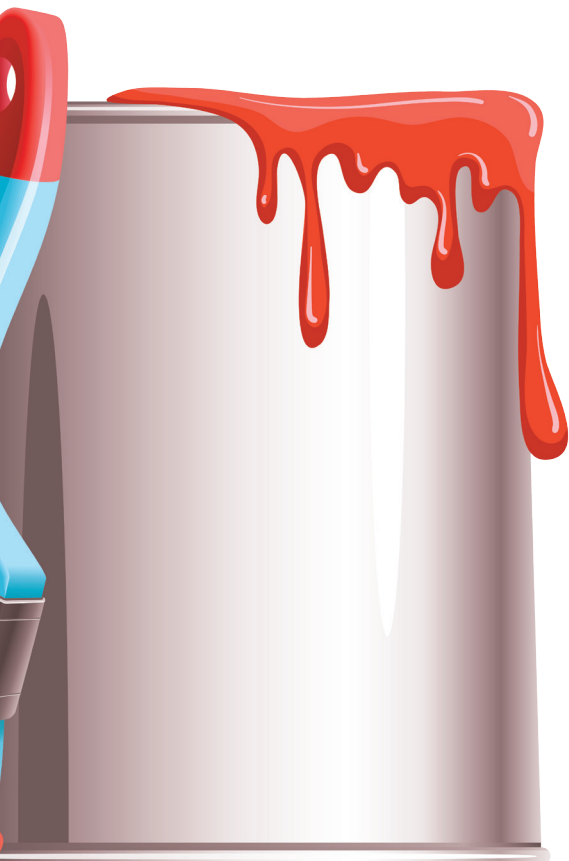
«Alégrense los cielos y gócese la tierra;  
brame el mar y su plenitud.  
Regocójese el campo y todo lo que hay en él;  
entonces todos los árboles del bosque  
rebotarán de contento delante de Jehová,  
que vino, porque ha venido a juzgar la tierra.  
¡Juzgará al mundo con justicia  
y a los pueblos con su verdad!  
(Salmo 96: 11-13).

«Los ríos batan las manos, regocójense  
todos los montes delante de Jehová,  
porque vino a juzgar la tierra.  
Juzgará al mundo con justicia  
y a los pueblos con rectitud»  
(Salmo 98: 8-9).

## HAY UNA NORMA EN EL JUICIO

¿Cómo afrontaremos este juicio final?  
¿Qué determinará el veredicto?

Cuando el joven y rico gobernante, lleno de ansiedad, llega corriendo hasta Jesús y le pregunta: «¿Qué haré para heredar la vida eter-



na?», el Maestro le contesta con una respuesta sencilla pero exigente. «Si quieres entrar en la vida», le dice, «guarda los mandamientos» (Mat. 19: 16-26; Mar. 10: 17-27; Luc. 18: 18-27). Jesús no está hablando solo de una obediencia *ocasional*. No está sugiriendo que *de vez en cuando* debamos añadir una nueva cruz en nuestra lista de mandamientos obedecidos. No está recomendando que guardemos la mayoría de esos preceptos la mayor parte del tiempo. Se refiere a una obediencia exhaustiva, al ciento por ciento, durante toda la vida. «Cualquiera que guarde toda la Ley, pero ofenda en un punto, se hace culpable de todos» (Sant. 2: 10). La norma que Jesús sostiene ante aquel joven es la *obediencia perfecta* (ver Mat. 19: 21); obedecer toda la ley de Dios todo el tiempo. Y para asegurarse de que entendemos la elevada norma, añade también como requisito la *motivación perfecta*.

He aquí, pues, la fórmula: obediencia perfecta a la ley de Dios más motivación perfecta (hacer siempre lo correcto por la razón correcta) igual a justicia perfecta. «El juicio volverá a basarse en la justicia» (Sal. 94: 15, NVI). La justicia perfecta es lo que lleva a ganar —a «conseguir»— la vida eterna.

Así concluye de golpe la discusión entre los que confían en la seguridad bíblica de la salvación y los que se sienten inquietos acerca de adónde podría llevar esa segu-

ridad. El grupo de los inquietos prefiere concluir la historia del joven rico con el requisito «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos». Ahí se encuentra, argumentan, algo sencillo y claro, lo bastante fácil para que todos lo entendamos: «Guarda los mandamientos». Y luego, para que no malinterpretemos lo que ellos creen que Jesús nos está transmitiendo, los predicadores de este lado de la discusión citan la advertencia similar de Pablo: «No son los oidores de la Ley los justos ante Dios, sino que los que obedecen la Ley serán justificados» (Rom. 2: 13).

El Antiguo Testamento sienta la base de la doctrina que Jesús presenta ante el joven rico. Jeremías nos dice que Dios advierte: «Yo

---

«Levántate, Juez de la tierra,  
y dales su merecido a los soberbios»  
(Sal. 94: 2 NVI).

«Dales conforme a su obra  
y conforme a la perversidad de sus hechos.  
Dales su merecido conforme  
a la obra de sus manos» (Sal. 28: 4).

«Tú pagas a cada uno conforme a su obra»  
(Sal. 62: 12).

«¡Dales el pago, Jehová, que merece  
la obra de sus manos!» (Lam. 3: 64).

«Y fueron juzgados los muertos por las cosas  
que estaban escritas en los libros, según sus  
obras. [...] Y fueron juzgados cada uno según  
sus obras» (Apoc. 20: 12-13).

---

les pagaré conforme a sus hechos y conforme a la obra de sus manos» (Jer. 25: 14). Y Oseas dice que Dios va a «castigar a Jacob conforme a su conducta; le pagaré conforme a sus obras» (Ose. 12: 2).

Citando el libro de los Salmos, Pablo añade lo siguiente a la discusión: «[Dios] pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en hacer el bien, buscan gloria, honra e inmortalidad; pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia» (Rom. 2: 6-8). El libro de Apocalipsis repite la enseñanza: «Os daré a cada uno según vuestras obras» (Apoc. 2: 23).

Hay un final. Hay un juicio. Hay una norma: justicia perfecta.

## LA NORMA NOS CONDENA A TODOS

Si la norma es la justicia perfecta, ¿quién se salvará entonces?

Cuando el joven rico escucha el requisito que establece Jesús para la vida eterna, se da cuenta de que tanto su obediencia como su motivación vienen siendo *imperfectas* y eso le deja estupefacto. Eso era lo último que el joven esperaba oír. Abatido, se marcha.

Uniéndose al joven en su consternación, los discípulos quedan tan perplejos por la respuesta de Jesús —«se asombraron mucho», nos narra Mateo—, que solo pueden proferir: «¿Quién, pues, podrá ser salvo?» (19: 25).

Replica el Maestro: «Para los hombres esto es imposible» (19: 26).

Jesús no estaba introduciendo aquí una nueva doctrina. La fórmula era conocida desde mucho antes de que el pueblo empezara a expresar las preguntas «¿Quién podrá soportar el tiempo de su venida?», o «¿Quién quedará en pie?» (Mal. 3: 2; Nah. 1: 6).

La respuesta de la Biblia a estas cuestiones es todo lo clara que seguramente podría ser. Sobre la base de la justicia perfecta, escribe Pablo:

«No hay justo, ni aun uno;  
no hay quien entienda,  
no hay quien busque a Dios.  
Todos se desviaron,  
a una se hicieron inútiles;  
no hay quien haga lo bueno,  
no hay ni siquiera uno» (Rom. 3: 10-12).

¿Cuántos serán tenidos como justos por su obediencia, por sus buenas obras o por sus triunfos? «Por las obras de la Ley *nadie* será justificado» (Gál. 2: 16). «*Todos* pecaron y están destituidos de la gloria de Dios» (Rom. 3: 23). Contestando a su propio argumento de que solo quienes obedecen la ley serán declarados justos (ver Rom. 2: 13),

Pablo insiste en que sobre la base de la norma perfecta «*nadie* será justificado en presencia de Dios por hacer las obras que exige la ley» (Rom. 3: 20, NVI).

La serpiente antigua llamada Diablo o Satanás «engaña *al mundo entero*» (Apoc. 12: 9). «*Todos* los habitantes de la tierra» (ver 13: 8), «*todos*, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos» (13: 16), «*todas* las naciones» son engañadas» (18: 23). Todos nosotros. Absolutamente todos. Aun aquellos que adoran a Dios. Incluso el pueblo del tiempo del fin. Hasta el remanente. Ninguno cumple los requisitos. No hay excepciones.

Por tanto, hay un final. Hay un juicio. Hay una norma: la justicia perfecta. Y esa norma nos condena a todos.

---

«Los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la Ley de Dios, ni tampoco pueden» (Rom. 8: 7).

«No entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará delante de ti ningún ser humano» (Sal. 143: 2).

«Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos actuado impiamente, hemos sido rebeldes y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas. No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra. »Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro que en el día de hoy lleva todo hombre de Judá, los habitantes de Jerusalén y todo Israel, los de cerca y los de lejos, en todas las tierras adonde los has echado a causa de su rebelión con que se rebelaron contra ti. Nuestra es, Jehová, la confusión de rostro, y de nuestros reyes, de nuestros príncipes y de nuestros padres, porque contra ti pecamos. [...] No obedecemos a la voz de Jehová, nuestro Dios, para andar en sus leyes, que él puso delante de nosotros por medio de sus siervos los profetas. Todo Israel traspasó tu Ley, apartándose para no obedecer a tu voz» (Dan. 9: 5-11).

«Henos aquí delante de ti con nuestros delitos; por su causa no somos dignos de estar en tu presencia» (Esd. 9: 15).

---



## DIOS HA ESTABLECIDO UNA MANERA DE SALVARNOS

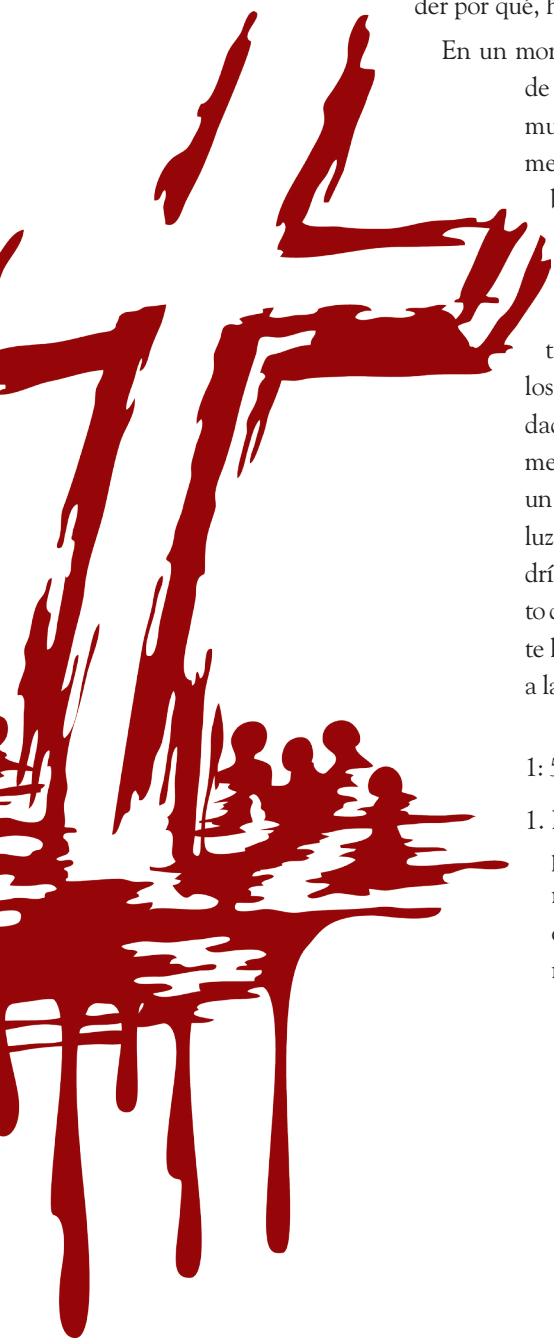
Afortunadamente, ese no es el fin de la historia. Para entender por qué, hemos de regresar al principio de la misma.

En un momento clave del eterno tiempo prehistórico, antes de que hubiera sido dispuesto el fundamento de este mundo o de que hubieran sido delimitadas las dimensiones de la tierra, la omnisciente Divinidad celebró un concilio de salvación. «Mientras las estrellas de la mañana cantaban al unísono y todos los ángeles gritaban de júbilo», se tomó la decisión de impartir un don. Leyendo resueltamente una crónica que todavía estaba por escribirse, los miembros de la Divinidad enfrentaron una realidad dolorosa y crucial. Sabían que a pesar de la enorme efusión de su amor y de su providencia constante, un día los humanos escogerían las tinieblas frente a la luz (Juan 3: 19). Y a resultas de esa elección, sobrevendría un *tropiezo* (ver 11: 9-10), una caída, hasta el punto de que las personas no solo interpretarían erróneamente la luz (ver 1: 5), sino que realmente llegarían a amar a la oscuridad por encima de ella (3: 19).

El Dios en quien «no hay ningunas tinieblas» (1 Juan 1: 5) hubo de afrontar tres alternativas distintas:

1. La Divinidad podía sencillamente abandonar sus planes para la creación del planeta Tierra. Podía marcharse y reservar su creatividad para algún otro entorno donde sus esfuerzos fueran bien valorados. Sería algún otro quien cantase:

«Señor, digno eres de recibir la gloria, la honra y el poder, porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas» (Apoc. 4: 11).



2. La Divinidad podía continuar con sus planes de creación y *luego* marcharse de la tierra, renunciando a cualquier responsabilidad por sus criaturas caídas. Podía dejar a los humanos en su estado de confusión, y en total oscuridad (ver Sal. 82: 5), sin esperanza alguna de otra cosa, «echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes» (Mat. 8: 12). «Se alejó de nosotros la justicia y no nos alcanzó la rectitud; esperamos luz, y he aquí tinieblas; resplandores, y andamos en oscuridad» (Isa. 59: 9).
3. O bien la Divinidad podía continuar con sus planes de crear este mundo a sabiendas de lo que pasaría y de lo que supondrían las consecuencias del tropiezo. Tendría que hacer por nosotros aquello que es imposible que nosotros hagamos por nosotros mismos. Las personas que integran la Divinidad habrían de intervenir en la historia humana como nunca lo habían hecho antes en ningún otro lugar de las galaxias. Y para demostrar plenamente su amor a los seres humanos pecadores (ver Rom. 5: 8), la Divinidad los llamaría «de las tinieblas a su luz admirable» (1 Ped. 2: 9).

En ese momento, el Miembro de la Divinidad al que llamamos por su nombre humano, Jesús, voluntaria y resueltamente escogió convertirse en el «Cordero que fue sacrificado desde la creación del mundo» (Apoc. 13: 8, NVI). «Antes de la creación del mundo» (Efe. 1: 4, NVI), decidió salvarnos eternamente.

Para la población de nuestro planeta, la creación fue un acto de gracia.

La determinación de Dios de establecer una relación de gracia con la humanidad fundamenta nuestra fe, una fe que descansa «en la esperanza de la vida eterna. Dios, que no miente, prometió esta vida desde antes del principio de los siglos» (Tito 1: 2). «No conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos» (2 Timoteo 1: 9). Ahora, «tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma» (Heb. 6: 18-19).

Aquí es donde la historia del joven y rico gobernante llega a su conclusión legítima. ¿Quién puede, entonces, ser salvo? Para las personas es imposible, explica Jesús, «pero para Dios todo es posible» (Mat. 19: 26).

¿Una vez (ya) salvos?

Rotundamente sí.

Antes de que el mundo fuera creado, nuestros nombres fueron escritos en el libro de la vida del Cordero.

Antes de que ser humano alguno pudiera merecer la eternidad, la promesa del cielo ya era nuestra.

Antes de que todos nosotros hubiéramos pecado y renunciado a la capacidad de contribuir a nuestra salvación, ya éramos salvos.

Antes de que el «Hijo unigénito» muriera en la cruz, Dios ya nos amaba (Juan 3: 16; Rom. 5: 6-8).

Antes de que cualquiera de nosotros sintiera que teníamos que rogar y suplicar por el perdón, ya estábamos perdonados.

Antes de que usted y yo nacióáramos, estábamos salvados.

¿Siempre salvos?

Así puede ser.

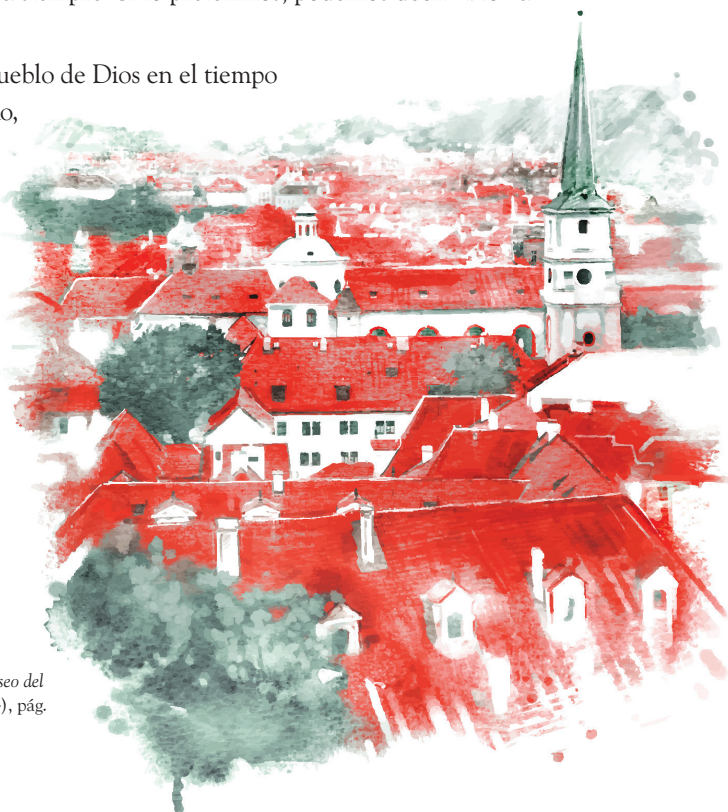
Pero, por difícil que resulte creer esto, la misma Biblia que nos garantiza que nuestra salvación es segura por la sola gracia, también ofrece la trágica estadística de que millones de seres humanos, una muchedumbre tan numerosa como la arena del mar (ver Apoc. 20: 8), rechazarán la salvación que ha sido suya desde antes de la creación del mundo. Esas personas demandarán que sus nombres sean borrados del libro de la vida del Cordero. Decidirán combatir al Cordero hasta el final, prefiriendo concluir su existencia en «las tinieblas de afuera» (Mat. 22: 13).

Podemos escapar «de las contaminaciones del mundo por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo». Podemos conocer «el camino de la justicia». Y podemos darle la espalda (2 Ped. 2: 20-21). Hemos sido salvados desde el principio. Estamos predestinados para vida eterna (Efe. 1: 4-6). Pero ese destino nunca se nos impone de una vez para siempre. Si lo preferimos, podemos decir «No» a la gracia.

Por otra parte, el pueblo de Dios en el tiempo del fin, confiado, alentado, afianzado, dice «Sí».

«Venid, benditos de mi Padre», nos invita Jesús, «heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo» (Mat. 25: 34).

Y aceptamos la invitación llenos de gozo.



1. Alicia Quintans, *Guía del Museo del Prado* (Madrid: Aldeasa, 1994), pág. 44.

«¿Podemos reparar nuestra relación rota con Dios? ¿Podemos realizar obras para aplacar a Dios? No, pues nada que podamos hacer jamás elimina la culpa de nuestros pecados pasados, y nada que hagamos está libre de la mancha de las motivaciones pecaminosas y corruptas. En otras palabras, no podemos salvarnos a nosotros mismos y, por consiguiente, debe salvarnos Dios. Efesios 2: 4 explica esto, primero calibrando la verdadera magnitud de nuestro problema con el pecado, pero luego apuntando a nuestra única esperanza: "Dios, [...] rico en misericordia". Nuestra esperanza de salvación, nuestro camino a la paz, es la gracia de Dios, quien es rico en misericordia [...].

»La gracia es a menudo definida como el favor inmerecido de Dios. Eso es cierto, pero no resulta suficiente. La gracia es el favor de Dios hacia nosotros cuando hemos merecido lo contrario. Nos hemos ganado su odio, su ira y su condenación. Y sin embargo él hace que seamos perdonados y que lleguemos a ser sus amados hijos. Nos lleva a su hogar y nos colma de todo lo bueno. Nos da lo que le es más preciado: su propio Hijo».

Richard Phillips, *Chosen in Christ* (Escogidos en Cristo)

«Lo triste es que la iglesia, tanto ahora como demasiadas veces a lo largo de su historia, ha encontrado más fácil actuar como si estuviera vendiendo el azúcar del éxito moral y espiritual en lugar de la sal de la pasión y muerte de Jesús. Predicará la salvación para quienes logren portarse bien, la redención para los triunfalmente correctos en cuestiones doctrinales, y castillos en el aire para los ganadores que creen que pueden ingresar en el juicio final exhibiendo sus boletines de buenas calificaciones ante Jesús. Pero hasta el último gramo de todo eso es ahora y será siempre puras bobadas, porque: (a) jamás le servirá de nada a nadie ese azúcar para cambiar su destino final, y porque (b) Jesús va a presentarnos a todos ante el Padre con el poder de su resurrección y en absoluto con el poder de nuestros registros totalmente insuficientes, sean buenos o malos. [...] Son precisamente nuestros pecados, y no nuestra bondad, lo que realmente nos encomienda a la gracia de Dios».

Robert Farrar Capon, *Las parábolas de la gracia*

